

serve en el ser sin la acción divina, como tampoco puede comunicarla el que El no sea causa de ella. En tanto, efectivamente, necesita la criatura ser conservada por Dios en cuanto el ser del efecto depende de la causa de su existir (ad 2).

3.<sup>a</sup> La conservación de las criaturas no la hace Dios por una acción nueva, sino por continuación de la misma acción por la que les da el ser, la cual se efectúa sin movimiento ni tiempo, de manera semejante a como la conservación de la luz en el aire se efectúa por un continuado influjo de sol (ad 4).

**Conclusión 3.<sup>a</sup>** Sin embargo, la acción conservadora de Dios no siempre es inmediata en todas las cosas, sino que algunas las conserva mediante otras causas segundas. Lo cual no quiere decir que Dios se desentienda totalmente de ellas—volverían «ipso facto» a la nada—, sino únicamente que las conserva El a través de estas otras. (Completamente cierta.)

552. La razón es porque la conservación de una cosa ya existente puede ser ejercida *inmediatamente* por una criatura, con tal que Dios continúe ejerciendo sobre ambas su influjo creador como causa primera. Dios puede servirse, v.gr., de la sal para conservar la carne evitando su putrefacción. En cambio, como ya vimos en su lugar, no podría Dios servirse de una criatura para *crear* alguna cosa, ni siquiera sirviéndose de ella como de simple instrumento. Crear es una operación *primera*, que no supone ni puede suponer nada por parte de su efecto; conservar, en cambio, es una operación *segunda* que presupone siempre otra anterior—el existir—y que, por eso mismo, no puede ejercerse sino respecto de un ser ya existente: se puede conservar únicamente aquello que ya existe. Por eso la acción conservadora se realiza de hecho según el orden establecido por Dios, o sea, a base de que algunas cosas sean conservadas *inmediatamente* por otras cosas, aunque sosteniendo siempre Dios *inmediatamente* el primer anillo de la cadena, sin lo cual se hundirían todos los demás anillos en la nada. El influjo conservador de Dios pasa, de hecho, a todos los anillos (puesto que todos necesitan ser conservados en el ser por el mismo Dios); pero a algunos de ellos pasa sólo *mediatamente*, o sea, a través de los otros anillos.

Escuchemos a Santo Tomás explicando esta doctrina 5:

«Es manifiesto que aun entre las cosas corporales hay muchas que impiden la acción de los agentes de corrupción, por cuyo motivo se dice que son conservativas de las cosas, como, v.gr., la sal, que preserva las carnes de la putrefacción. Se da, además, el caso de que dependa de alguna criatura un efecto determinado en cuanto a su mismo ser (v.gr., sin la fábrica de electricidad, no habría luz eléctrica). Cuando hay, efectivamente, muchas causas ordenadas (muchos anillos en una cadena), el efecto depende *primera*, necesaria y principalmente de la causa primera (del primer anillo, que los sostiene a todos); pero también depende *secundariamente* de todas las causas medias. Por consiguiente, la causa primera (Dios) es en verdad la que *principalmente* conserva el efecto; pero *secundariamente* también lo conservan todas las causas medias, y tanto más cuanto más ele-

<sup>5</sup> Cf. I 104,2. Los paréntesis son nuestros.

vada sea alguna de estas intermedias y más próxima a la causa primera... Por consiguiente, debe decirse que Dios conserva algunas cosas en el ser por medio de otras causas».

Quede, pues, bien claro que al decir que Dios conserva algunas cosas *inmediatamente* y otras *mediatamente*, no se quiere decir en modo alguno que Dios confie a ciertas causas segundas la conservación de algún ser, desentendiéndose Dios por completo de conservarlo por sí mismo, pues en este caso volvería ese ser instantáneamente a la nada. Quiere decirse únicamente que el influjo conservador de Dios llega a algunas cosas *inmediatamente*, o sea, sin intermediario alguno, y a otras *mediatamente*, o sea, a través de una o varias causas intermedias. Pero siempre y en todo caso tiene que darse el influjo conservador de Dios, inmediata o mediadamente. Por eso en la solución de una dificultad escribe expresamente Santo Tomás:

«Dios creó inmediatamente todas las cosas; pero en la misma creación estableció ya orden en ellas, de tal modo que unas dependiesen de otras, por las cuales fuesen *secundariamente* conservadas en el ser, aunque presupuesta siempre la conservación principal, que procede de El mismo» (ad 1).

## ARTÍCULO 2

### LA ANIQUILACION DE LOS SERES



553. Hemos visto en el artículo anterior que la conservación de los seres por Dios no supone en El una nueva operación distinta de su primera acción creadora, sino que es la *misma acción creadora continuada incesantemente sobre las cosas* mientras éstas permanezcan en el ser, o sea, mientras existan realmente. Por lo mismo, para que todo el universo creado volviera instantáneamente a la nada, bastaría con que Dios suspendiera por un solo instante su acción conservadora, de manera semejante a como la lámpara eléctrica se apaga instantáneamente en el momento mismo en que la fábrica de luz deja de enviarle el fluido eléctrico.

Vamos a examinar brevemente las principales cuestiones relativas a la aniquilación de los seres, si entrara en los planes de Dios hacerlo así.

**Conclusión 1.<sup>a</sup>** Así como Dios creó el mundo libremente y porque quiso, así también podría aniquilarlo si quisiera. (Completamente cierta.)

554. Lo dice con toda claridad la misma Sagrada Escritura en varios lugares que hemos citado ya al hablar de la conservación de los seres. Recuérdese, por ejemplo, este texto del todo claro y expresivo:

«¿Y cómo podría subsistir nada si tú no quisieras o cómo podría conservarse sin ti?» (Sap 11,26).

Santo Tomás expone el siguiente sencillo razonamiento 1:

«Opinaron algunos que Dios había obrado por *necesidad de naturaleza* al traer las cosas a la existencia. Si esto fuera verdad, Dios no podría aniquilar nada, ya que no puede cambiar de naturaleza. Mas ya queda dicho que esta opinión es falsa y absolutamente contraria a la fe católica, la cual afirma que Dios ha sacado todas las cosas a la existencia *por voluntad libre*, conforme a aquello del Salmo: «Yavé hace todo cuanto quiere» (Ps 134,6). Que Dios, pues, comunique a las criaturas el ser, depende de la voluntad divina. Y de igual modo las conserva también en la existencia, causando en ellas continuamente el ser, del modo que queda dicho. Por consiguiente, así como antes que existieran las cosas pudo Dios no comunicarles el ser y, por tanto, no hacerlas, así, después que han sido hechas, puede dejar de influirles el ser, con lo cual dejarían de existir, volviéndose por completo a la nada».

Es interesante la doctrina que expone Santo Tomás al resolver las objeciones o dificultades que él mismo se plantea. Veámosla.

**DIFICULTAD.** Dice San Agustín que «Dios no es causa de la tendencia al no ser». Mas sería tal si redujese alguna criatura a la nada. Luego Dios no puede aniquilar cosa alguna.

**SOLUCIÓN.** El no ser, no tiene directamente causa, porque nada puede ser causa sino en cuanto que es *ser*; y el ser, de suyo, es causa del ser (no del no ser). En este sentido es cierto que Dios no puede ser causa de la tendencia al no ser. Mas esta tendencia al no ser la lleva consigo la criatura misma en cuanto que proviene de la nada. Puede Dios, sin embargo, ser causa indirecta (*per accidens*) de que las cosas vuelvan a la nada, simplemente con retirar de ellas su acción conservadora (ad 1).

**DIFICULTAD.** Dios es causa de la existencia de las cosas por su infinita bondad; porque, como dice San Agustín, «en tanto somos en cuanto que Dios es bueno». Mas Dios no puede dejar de ser bueno. Luego no puede hacer que las cosas no existan; lo cual haría al aniquilarlas.

**SOLUCIÓN.** La bondad de Dios es causa de las cosas, pero no por *necesidad natural*, puesto que la bondad divina no depende de las cosas creadas, sino *por voluntad libre*. De ahí que, como pudo, sin perjuicio alguno de su bondad, no traer las cosas a la existencia, de igual modo puede no conservarlas en ella sin detrimento alguno de esta misma bondad (ad 2).

**DIFICULTAD.** En caso de aniquilar algo, tendría que hacerlo Dios mediante alguna acción. Pero esto es imposible, porque toda acción tiene por término algún ser. Luego Dios no puede aniquilar cosa alguna, porque el término de la aniquilación es la nada.

**SOLUCIÓN.** Si Dios redujere algo a la nada, no sería mediante alguna acción, sino simplemente dejando de obrar (ad 3).

1 Cf. I 104,3.

**Conclusión 2.\*** Pero sabemos con toda seguridad y certeza que Dios no aniquilará jamás ninguna de las cosas creadas por El. (Doctrina cierta y común.)

555. He aquí las pruebas:

a) LA SAGRADA ESCRITURA. Lo dice con suficiente claridad para disipar toda duda prudente:

«Conocí que cuanto hace Dios es *permanente*, y nada se le puede añadir, nada quitar, y hace así Dios que se le tema» (Eccl 3,14).

«Pues El creó todas las cosas *para la existencia* e hizo saludables a todas sus criaturas, y no hay en ellas principio de muerte, ni el reino del hades impera sobre la tierra» (Sap 1,14).

«Pues amas todo cuanto existe y nada aborreces de lo que has hecho, que no por odio hiciste cosa alguna» (Sap 11,25).

«El fundó la tierra sobre sus bases, para que nunca después vacilara» (Ps 103,5).

b) LA RAZÓN TEOLÓGICA. Escuchemos el sereno razonamiento de Santo Tomás 2:

«Las acciones de Dios sobre las criaturas, unas se realizan según el curso *natural* de las cosas, y otras, por el contrario, se verifican *milagrosamente*, es decir, fuera del orden natural impuesto a las criaturas, como veremos más abajo. Lo que hará Dios según el orden *natural* implantado por El en las cosas, puede deducirse de la naturaleza misma de esas cosas; lo que hará, empero, milagrosamente, se ordena a la *manifestación de la gracia*, según aquello del Apóstol: «A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad» (1 Cor 12,7); y entre estas gracias, que enumera a continuación, incluye la de hacer milagros.

Pues bien, la condición *natural* de las criaturas manifiesta que ninguna de ellas será reducida a la nada, puesto que, o son *inmateriales* (como los ángeles y almas racionales) y en éstas no hay potencia alguna para no ser (ya que son intrínsecamente inmortales), o son *materiales*, y entonces permanecen siempre al *ménos* en cuanto a la *materia*, la cual es incorruptible, por ser el sujeto que se supone en toda generación y corrupción 3.

Tampoco contribuiría a la *manifestación de la gracia* el que alguna cosa fuese reducida a la nada; por el contrario, el poder y la bondad de Dios se manifiestan más claramente en el hecho de conservar las cosas en el ser.

Se debe, pues, afirmar categóricamente que nada absolutamente se aniquilará».

Es cierto y de fe que el mundo actual no continuará eternamente en la misma forma que tiene actualmente. Vendrá el *fin del mun-*

2 Cf. I 104,4.

3 Al decir que la *materia es incorruptible*, se refiere Santo Tomás a la llamada *materia prima*, que entra necesariamente en la composición de cualquier cosa corpórea o material. Los compuestos físicos piden, por su propia naturaleza, cada uno en particular, dejar de existir, puesto que sus elementos integrantes tienden de suyo a desintegrarse y, por tanto, a producir la destrucción del ser compuesto del que forman parte. Pero la *materia prima* u original de que todos se componen no puede dejar de existir más que por aniquilación, lo cual depende únicamente de la voluntad libre de Dios; porque esta *materia prima*, al dejar una forma, asume otra (*corruptio unius, generatio alterius*, dicen los escolásticos), ya que no puede existir sin alguna forma, y constituye el mundo actual unida a todas las formas en él existentes. De ahí que el mundo de la materia existirá siempre *naturalmente* en una forma o en otra, no pudiendo volver a la nada más que por aniquilación por parte de Dios, que ya sabemos que no se producirá de hecho. (Nota del autor.)

do, expresamente anunciado por Jesucristo (Mt 24,29ss). Pero ese fin del mundo no consistirá en su aniquilación, sino en el cambio de la forma actual en otra distinta y superior. Se transformará en «el nuevo cielo» y en «la nueva tierra» de que nos habla la misma Sagrada Escritura:

«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra hablan desaparecido; y el mar no existía ya» (Apc 21,1).

Escuchemos a Schmaus exponiendo todo este problema de la aniquilación de los seres relacionándolo con la restauración final de todas las cosas en Cristo 4:

«Suprimiendo la actividad con que conserva la subsistencia de las criaturas, Dios podría hacer desaparecer en los abismos de la nada el universo entero y todo lo que hay en él, incluso los espíritus creados. Pero Dios mismo nos asegura que no lo hará nunca. Dios no revoca su palabra creadora. Con actividad divina e infinita creó Dios el mundo; y Dios ha aumentado esa actividad después que el hombre sumergió al mundo en el pecado. La encarnación del Hijo de Dios es, por decirlo así, una nueva creación del mundo, íntimamente relacionada con el pecado del hombre. En la encarnación, el mundo con todas sus misteriosas profundidades queda emancipado del poder del pecado y de la corrupción por éste producida. Tan en serio toma Dios el mundo, que no deja su obra en el caos y la corrupción. Más aún, si ha decidido conservar las cosas, a causa de su inmutabilidad no puede abandonar tal decisión. Las generaciones vienen, y las generaciones desaparecen; la tierra, al contrario, sigue subsistiendo (Eccl 1,4). Todo lo que Dios hace, dura eternamente. El hombre no puede disponer de ello. El hombre ni puede deshacerlo ni puede añadir nada. Dios lo ha ordenado así para que se le tema (Eccl 3,14). Dios conserva la «mismidad» de los seres personales; por lo que se refiere a los seres materiales e impersonales, Dios no conserva su individualidad, sino la suma de la materia y de la energía, que permanece siempre idéntica, desapareciendo los individuos cuando lo requieren las leyes naturales o debido a la acción destructora del hombre.

En la hora señalada por Dios tendrá lugar el fin del mundo. El universo no subsistirá eternamente en la forma que actualmente posee. Pero el fin del mundo no significa aniquilación de la esencia del cielo y de la tierra, sino destrucción de su forma existencial actual, de su forma pasajera. El cielo y la tierra pasarán (Mt, 24,35) en cuanto que quedarán convertidos en un cielo «nuevo» y una tierra «nueva» (Ap 21,1ss). Esta nueva realidad existe ya en lo oculto. Apareció con la encarnación del Hijo de Dios. Se manifestó en la actividad poderosa de Cristo, se realizó con significado prototípico para toda la Creación en la Resurrección del Señor, y está presente simbólicamente en los Sacramentos. Pero todavía no se ha revelado plenamente. Nosotros no conocemos el momento de la revelación definitiva. Surgirá súbitamente, cuando menos se le espere, hallándose el mundo en un estado de pleno desarrollo y actividad. Cuando la noche de la desesperación humana haya alcanzado un supremo grado de oscuridad, aparecerá Cristo y transformará al mundo. Esta será la tercera y última intervención de Dios con respecto al mundo. Mediante esta intervención, el mundo recobrará la forma que Dios le destinó en su plan de la creación. La forma actual del mundo es un estadio pasajero. En esa hora futura de la transformación, el mundo quedará limpio de toda corrupción y maldad, y Dios llevará a cabo lo que ha

4 Cf. MICHAEL SCHMAUS, o.c., vol.2 p.139-140.

comenzado Cristo, comunicando a la creación su propia gloria, de tal modo que en el mundo se transparentará la grandeza, gloria y majestad divina. Entendida de este modo, la doctrina de la conservación del mundo no lleva al hombre a despreocuparse de todo y a entregarse a un descanso venturoso. Para comprenderla debidamente, hay que relacionarla con la doctrina de la transformación del mundo, que puede tener lugar ahora mismo, mañana o dentro de millones de años. Esto depende de la libre e inescrutable voluntad de Dios. Por ser el mundo tal como es, nuestra existencia en él, mejor dicho, la forma actual de nuestra existencia es esencialmente inseguridad. Esta inseguridad es más decisiva y trascendental que los peligros que nos amenazan de parte del mundo. Nada puede hacer el hombre para protegerse contra ella. Frente a la omnipotencia de Dios, el hombre es un ser impotente.

Al mismo tiempo, el dogma de la providencia divina significa para el hombre la más completa garantía. El sabe que no puede ser aplastado por ningún hado maléfico, pues el destino de todas las cosas está en las manos de Dios. Y Dios no permitirá que se pierda nada, sino que conservará todo lo que le ha entregado en su creación; todo se repetirá de manera diversa en el mundo transformado en cielo y tierra nueva».

CAPÍTULO 3

LA ACCION DE DIOS EN EL MUNDO

556. El segundo efecto de la divina gobernación, como ya dijimos, es la divina moción de todas las cosas en orden a su fin correspondiente. Dios no se limita a crear todas las cosas y conservarlas en el ser que voluntariamente quiso darles, sino que actúa y obra inmediatamente como Causa Primera en todo el proceso evolutivo de las criaturas y en cada uno de los pasos que éstas dan en orden a su plena perfección y desarrollo. Dios conserva su obra para terminarla y perfeccionarla.

La acción de Dios en el mundo puede ser estudiada desde tres puntos de vista diferentes, según el plano en que nos coloquemos o el orden de cosas a quienes afecte: el orden natural, el preternatural y el sobrenatural. El siguiente cuadro esquemático muestra las principales subdivisiones que pueden establecerse y el camino que vamos a recorrer en las páginas siguientes:

LA ACCION DE DIOS	a)	En el orden puramente natural.....	}	1) Acción sobre la materia.
				2) Sobre los cuerpos.
				3) Sobre la inteligencia.
				4) Sobre la voluntad.
				5) Sobre cualquier agente creado.
	b)	En el orden preternatural.....	}	1) Noción del milagro.
				2) División del milagro.
				3) Posibilidad del milagro.
				4) Causas del milagro.
	c)	En el orden sobrenatural.....	}	1) Noción de las gracias actuales.
				2) Naturaleza de las mismas.
				3) División de las gracias actuales.
				4) Necesidad de las gracias actuales.
				5) Distribución divina de las mismas.

BIBLIOTECA  
DE  
AUTORES CRISTIANOS

*Declarada de interés nacional*

ESTA COLECCIÓN SE PUBLICA BAJO LOS AUSPICIOS Y ALTA  
DIRECCIÓN DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

LA COMISIÓN DE DICHA PONTIFICIA  
UNIVERSIDAD ENCARGADA DE LA  
INMEDIATA RELACIÓN CON LA B. A. C.  
ESTÁ INTEGRADA EN EL AÑO 1963  
POR LOS SEÑORES SIGUIENTES:

PRESIDENTE:

Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBADO VIE-  
JO, O. P., *Obispo de Salamanca y Gran Canciller de la  
Pontificia Universidad.*

VICEPRESIDENTE: Ilmo. Sr. Dr. LORENZO TURRADO, *Rec-  
tor Magnífico.*

VOCAL: R. P. Dr. LUIS ARIAS, O. S. A., *Decano de  
la Facultad de Teología*; R. P. Dr. MARCELINO CABRE-  
ROS, C. M. F., *Decano de la Facultad de Derecho*;  
R. P. Dr. PELAYO DE ZAMAYÓN, O. F. M. C., *Decano de  
la Facultad de Filosofía*; R. P. Dr. JULIO CAMPOS, Sch. P.,  
*Decano de la Facultad de Humanidades Clásicas*; reve-  
rendo P. Dr. ANTONIO GARMENDIA OTAOLA, S. I., *Decano  
adjunto de la Sección de Pedagogía*; R. P. Dr. Fr. MA-  
XIMILIANO GARCÍA CORDERO, O. P., *Catedrático de Sagra-  
da Escritura*; R. P. Dr. BERNARDINO LLORCA, S. I., *Cate-  
drático de Historia Eclesiástica.*

SECRETARIO: M. I. Sr. Dr. LUIS SALA BALUST, *Profesor.*

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. APARTADO 466  
MADRID • MCMLXIII

DIOS Y SU OBRA

POR

ANTONIO ROYO MARIN, O. P.

DOCTOR EN TEOLOGÍA Y PROFESOR DE LA PONTIFICIA FACULTAD  
DEL CONVENTO DE SAN ESTEBAN

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS  
MADRID • MCMLXIII